

NATSUME SOSEKI

KUSAMAKURA

Almohada de hierba

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE
Emilio Masiá y Moe Kuwano

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2009

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujeron Emilio Masiá y Moe Kuwano
sobre el original japonés *Kusamakura*

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2009
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1714-7

Depósito legal: S. 960-2009

Impreso en España / Unión Europea

Imprime Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2009

INVITACIÓN A LA LECTURA

Emilio Masía y Moe Kuwano

El escritor Natsume Soseki (Tokio, 1867-1916) saltó a la fama en 1905 con la obra, entre irónica y costumbrista, *Yo soy un gato*. Un año después publica *Kusamakura* –literalmente, «almohada de hierba»–, donde se evoca el alto en el camino hecho por el protagonista en el balneario de Nakoi: momento efímero que poéticamente se expresa bajo la imagen de un hombre que se reclina en el campo para contemplar el paisaje.

Difícil de clasificar, esta obra aúna lo introspectivo y lo poético con pasajes humorísticos y apuntes de estética. El protagonista refleja al autor, al ahondar en las raíces clásicas de su identidad japonesa, en la época crítica de apertura de Japón a lo occidental tras la Restauración de Meiji (1868). La vivencia del paisaje eleva a sintonizar con la cultura tradicional: la poesía, el templo budista, la casa de té, el baño termal (*onsen*), el jardín, la luz tamizada a través del empapelado translúcido... La bella Nami, envuelta en los vapores de la sala de baños, sugiere una representación de teatro *kabuki*. Se entrelazan en la mente del escritor la pintura oriental, los poemas *haiku* y la estética de Zeami.

El pintor de cuyo diario brota la novela es un poeta que necesita alejarse del ruido diario. «Sólo cuando me olvido de mi existencia material y me veo a mí mismo como quien me contempla desde fuera, puedo diluirme como en un cuadro en la belleza armónica de la naturaleza que me rodea». Viaja a Nakoi, balneario entre el monte y el mar, en busca de una experiencia estética y de un distanciamiento de la vulgaridad, para percibir la belleza

profunda del instante fugaz. «Una vez que entro en esa esfera, siento que la belleza del universo forma parte de mí. De hecho, sin tan siquiera dar una pincelada, me convierto en artista». El enigmático atractivo de Nami, lo bello insinuado en lo cotidiano, sugiere el encanto etéreo del «*ki* (ánimo) flotante»: una belleza no consciente de sí misma —«no involucrada», dirá el protagonista—, como en la actitud del zen: ser uno mismo, tal cual, sin más.

A partir de la vivencia de «iluminación», que percibe la realidad «tal cual es», se comprende la noción clave de esta obra: el *hi-ninjô*, el distanciamiento de las emociones humanas. Con este término se apunta a una vivencia más allá de los extremos de la sensiblería y la insensibilidad. *Hi-ninjô*, como «lo no emotivamente humano», nunca ha de confundirse con lo «inhumano» o «deshumanizado». Soseki, al igual que el protagonista, aspira a ir más allá de lo excesivamente sentimental sin caer en lo insensible. Esta «sensibilidad no sensiblera» ha sido interpretada por traductores y comentaristas como «objetividad». Dicho de otra manera y con más precisión, se trata de la receptividad de quien percibe la realidad tal cual, sin involucrarse en ella ni desfigurarla.

Soseki decía de *Kusamakura* lo mismo que Miguel de Unamuno de *San Manuel Bueno, mártir*: que su novela era un poema en prosa. Esta intención del autor invita a su lectura en el marco de sus paisajes.

«La brisa primaveral, indiferente a quienes la acogían o la rechazaban, se colaba por los espacios vacíos de la estancia. Iba y venía, sin más, espontáneamente, como conviene a la imparcialidad que reina en la naturaleza. Apoyando el mentón sobre mis palmas, me dije pensativo: ‘Si mi corazón estuviese abierto al aire libre como esta sala, dejaría circular por él sin trabas esta brisa de primavera’».

KUSAMAKURA



Cuando ascendía por el sendero del monte, me dio por pensar: «Si sólo funciono con la lógica, me estrello contra una esquina. A la deriva de las emociones, me arrastra la corriente. Y si me empeño en imponer lo que me viene en gana, asfixio la convivencia. Lo tome como lo tome, este mundo humano es inhabitable. Cuanto más inhabitable se vuelve, más aumentan las ganas de evadirse en busca de un lugar donde la vida resulte llevadera. Pero te mudes donde te mudes, no dejará de ser un lugar inhabitable. A partir de este lúcido desengaño germina el poema y se esboza la pintura.

Este mundo no lo han creado divinidades ni diablos. Es obra de la vecindad de alrededor. Lo crean yendo de acá para allá las simples caras de gente común con que me cruzo en la vida cotidiana. Personas corrientes configuran este mundo inhabitable. Precisamente por eso, no es solución el mudarse a otro país. Si hubiera otro lugar donde instalarse, tendría que ser fuera del mundo humano. Pero en una tierra fuera del mundo humano, aún resultaría más difícil vivir.

Dado que no existe un lugar mejor al que mudarse en este mundo inhabitable, la cuestión es cómo hacer llevadera la vida, cómo convertir este mundo, aunque sea por unos instantes, en un espacio confortable. Justamente ahí se recibe, cual don de lo alto, la vocación del poeta y la inspiración del pin-

tor, que aportan tranquilidad al mundo y colman el corazón humano. Despojando al mundo de su corteza inhabitable, reflejar en el momento fugaz la gratuidad: he ahí el secreto del cuadro y del poema, de la música o la escultura. Más aún, ni siquiera hay que esforzarse en reflejar. Basta con contemplar lo que tenemos delante tal cual es. Ahí vive la poesía y brota el canto. Ya antes de confiar tus pensamientos a la pluma, tintinea su sonido en algún rincón de tu cerebro; ya antes de estampar colores en el lienzo, se dibuja un arco iris con los ojos de tu mente. Basta con que puedas contemplar así el mundo contaminado en que vives, para que en la pantalla del corazón aparezca dibujado un cuadro puro y bello.

Incluso el poeta que nunca ha llegado a expresar sus pensamientos ni siquiera en un solitario verso, o el pintor que no dispone de pigmentos y no ha llegado a pintar en su vida ni siquiera un pequeño y triste lienzo, pueden obtener la salvación que trae el arte, y librarse así de pasiones y deseos mundanos. Pueden entrar por voluntad propia en un mundo de pureza inmaculada, librándose del yugo de la avaricia y el egoísmo; pueden llegar a construir un mundo sin igual, que albergue mayor felicidad que la de quien ha sido agraciado con fama y riquezas; serán más felices que cualquier príncipe o noble que jamás haya vivido; más felices, por supuesto, que todos cuantos se sienten halagados por las satisfacciones de este mundo vulgar.

A los veinte años empecé a sentir que merece la pena vivir en este mundo. A los veinticinco comprendí que luz y oscuridad son las dos caras opuestas de una misma moneda, que dondequiera que se ponga el sol se hace de noche y reina la oscuridad. Hoy, cumplidos ya los treinta, pienso que en la profundidad de la alegría habita la tristeza.